HARO TECGLEN

POMPIDOU Y FRANKENSTEIN

Diez días después de romper los movimientos revolucionarios franceses y de ganar brillantemente unas elecciones, seis años después de ser primer ministro, Georges Pompidou ya no es nada. Un diputado de la mayoría. Como Hamlet ante la calavera de Yorick, los políticos del mundo podrían mirarse en el rostro de francés medio —de caricatura de francés medio— de Georges Pompidou y aprender lecciones de humildad. Cuando llegó a la cumbre de su poder, Confucio hizo grabar en un bambú una frase de Ta-sio: «El mandato del Cielo no es fácil de conservar». De Gaulle le ha despedido con las palabras más elogiosas que hayan salido de su prosa, seca habitualmente para juzgar a los hombres, y le ha prometido tenerle siempre a su lado; pero ya no le tendrá cada semana a su diestra, como le tenía en los consejos. Las brujas prometieron a Macbeth —«You'll be king!»— el reino de Inglaterra; el general ha dicho: «Este hombre podrá ser presidente de Francia» y ha depositado así sobre su cabeza el carisma del jefe, dentro de ella la semilla de la ambición. Y ha dado el poder a Couve de Murville.

Para muchos, para los optimistas, esta solución y esta escena están dentro de un orden casi profético, al menos determinista, de las cosas. Pompidou es ahora el heredero proclamado, el hombre de la reserva. Este mito del «hombre de la reserva» está notablemente anclado en Francia: alguien que por circunstancias casi mágicas tiene un poder demasiado fuerte, demasiado importante, para ocuparse de la pequeña política de cada día y se conserva puro para actuar cuando algo demasiado dramático pueda desbordar a los hombres «corrientes». De Gaulle es la imagen misma de ese mito quintorrepublicano; aguardaba silencioso en Colombey, dando cada mañana cuarenta vueltas de reflexión a su jardín, hasta que un día los prolegómenos de la guerra civil de mayo de 1958 pusieron en sus manos el destino del país, y apareció como salvador. Entre los partidarios del carisma hereditario —los monárquicos— está la figura del Conde de París, seguidor de la línea legítima del trono decapitado, que estudia y trabaja en su retiro fecundo por si un día Francia necesita de él. En la izquierda está Mendès-France, con sus diez años de reserva: a él se volvieron los izquierdistas en las jornadas de mayo, y el hombre se adelantó, se metió en la barahúnda y se equivocó. En la extrema derecha están Bidault y Soustelle: lejano y presente, el recién liberado general Salan. Pompidou va ahora a engrosar con su silueta maciza este museo de las figuras de cera. Se avecinan malos tiempos económicos y políticos: cuando se pase el espejismo del triunfo electoral, cuando las alzas de precios se hayan comido las ventajas salariales, cuando patronos y obreros disputen a brazo partido sobre el término de «participación» tan irresponsablemente lanzado por De Gaulle como un salvavidas en la tormenta de mayo, Pompidou estará al margen, conservará su pureza, mantendrá intacta su gloria contrarrevolucionaria. Para eso, dicen los optimistas, se le aparta de un poder que va a ser forzosamente impuro y se le concede este puesto de esperanza. El delfinato. Cuando De Gaulle se retire o desaparezca, Pompidou surgirá del «frigidaire» y volverá a la vida. Su biografía está trazada. Esto puede ocurrir antes de fin de año si, como se dice, De Gaulle está dispuesto a retirarse cuando haya puesto en orden la casa revuelta; puede ocurrir dentro de cuatros años, si De Gaulle —que tiene ahora setenta y siete y entonces tendrá ochenta y uno— llega al final de su mandato; antes, si el General viene a morir. Puede no ocurrir nunca. Los cocineros franceses dicen que «un **soufflé** nunca se levanta dos veces». De Gaulle puede ser una excepción.

Otras interpretaciones son menos idealistas que ésta. Son, incluso, pérfidas. Supondrían que De Gaulle se ha quitado de en medio una sombra demasiado importante que le privaba del sol de la victoria y que su dulce despedida está cargada de veneno: «Tú tienes demasiadas ambiciones, y tienes derecho a ellas: pero nunca serás nada mientras yo esté aquí». Se ha señalado demasiado en Francia, y en el mundo entero, la importancia superior de Pompidou en el triunfo electoral: la habilidad para conducir las negociaciones salariales con los sindicatos, su dirección de la policía contra los manifestantes, la creación de una mayoría de derechas mediante el hallazgo de temas unitarios, la dirección táctica de las elecciones en cada departamento. Se ha hecho ver demasiado y ello en una dictadura, directa o disfrazada, suele ser funesto. Quizá se ha sobrestimado a sí mismo, a su propia fuerza y su propia importancia. Quizá haya querido dar consejos al General o se haya opuesto a alguna de sus teorías. Se dice insistentemente en París que la «participación» ha sido un tema de discordia. Este antiguo apoderado general de la Banca Rothschild, este hombre ligado con los medios capitalistas más altos de Francia, no podía ver más que con horror la idea de la participación obrera en las empresas, que significa no una verdadera participación —De Gaulle mismo ha dicho que la empresa debe seguir siendo rígidamente dirigida por un presidente y un director general, a la imagen de la Nación que tiene un presidente de la República y un primer ministro; y los sindicatos han denunciado como inoperante esta asociación o esta participación supuestas que proceden directamente de la doctrina mussoliniana del fascismo—, sino porque sus sacrosantas cuentas pudieran ser examinadas por ojos malévolos. Ciertamente nadie piensa que el distinguido «gentleman» Couve de Murville vaya a resultar de pronto un obrerista; este hombre que desde que dirige la diplomacia francesa ha tomado el aire elegante, discreto y vacío que la caricatura habitual supone en la «carrière» es bastante aficionado al capital. ¿Y De Gaulle, no lo es? Pero De Gaulle está dispuesto a jugar un juego, Couve no ha vacilado nunca en ser un instrumento, mientras que Pompidou ha cobrado de pronto la independencia de Galatea, revivido por la sangre electoral. Sólo que esto no estaba en los planes de su Pigmalión.

En la mayoría, el licenciamiento de Pompidou ha causado estupor y, dicen algunos observadores, indignación. La tesis profética no les convence nada. Más vale un primer ministro en mano que un presidente volando. Pompidou era una garantía para quienes se han sumado a un degaullismo que no les inspiraba confianza. Piensan, con cierta lógica, que si Pompidou ha de ser el presidente de la República, el mejor camino es el de seguir siendo primer ministro; piensan que es absurdo que la única figura de la izquierda o la derecha que ha surgido con fuerza de la crisis de mayo, sea brutalmente apartada de la vida pública. Piensan algo que les horroriza más: que De Gaulle está comenzando a realizar el proceso de inversión política que le es tan grato. Apoyado en Gran Bretaña y en Estados Unidos, se izó al poder de la Francia reconquistada en la segunda guerra mundial, para luego combatir a esos países en el terreno político, diplomático y económico; apoyado en Soustelle y en Bidault para hacer su propia imagen política, les mandó después al exilio; apoyado por los militares y los colonos de la Argelia francesa, el 13 de mayo de 1958 entregó Argelia a los argelinos y encarceló, fusiló y exilió a sus hombres base. Podría ocurrir que el salmón quisiera remontar la corriente una vez más y que comenzara ya a volver del revés las fuerzas que le han apoyado en este mayo de 1968; que quisiera ahora destrozar la derecha para hacer la política que reclamaba no ya la izquierda, sino la revolución. De eso desconfiaban, y por eso se apoyaban en Pompidou que, con Rothschild detrás y una vida de derecha intachable y pura, sin mestizaje, era su garantía. Pompidou podría ser no una víctima, sino la primera víctima. El referéndum podría ser una forma de desbordar la Asamblea, de despreciar esta mayoría heroica de la derecha maciza, con el arma del poder personal, y de cambiar una vez más de significado. Este florentinismo, este confucionismo, ¿caben en el siglo XX? La revolución de mayo se alzó contra él, en nombre de una moral distinta. Sería curioso que los defensores de la vieja estructura, los contrarrevolucionarios, vinieran así a ser sus víctimas. Pero cabe también que las fuerzas que ha puesto en marcha este Frankenstein que ha sido De Gaulle en mayo, sean más fuertes que él, y que su propio monstruo termine por devorarle.